

ninguna participación en los asuntos públicos y su nombre no vuelve á figurar sino hasta 1823, en que con el carácter de suplente formó parte del triunvirato conocido con el nombre de Poder Ejecutivo, puesto en el que permaneció, en junto, las dos veces que lo ocupó, año y medio. Su avanzada edad no le permitió ejercer una influencia decisiva entre sus compañeros.

En 23 de Diciembre de 1824 fué declarado primer Magistrado y Presidente de la Suprema Corte de Justicia; como el nombramiento era á perpetuidad, lo desempeñó hasta su muerte, ocurrida el 22 de Abril de 1830. Su biografía no ha llegado á escribirse, pues los pocos escritores que se ocupan de él acaso sintieron disminuir la admiración que pueden haber tenido por el antiguo Corregidor, al saber que percibió su sueldo y sirvió al Gobierno español durante los diez años de guerra y prefirieron guardar silencio á relatar este hecho, que no debe callarse por no ser deshonroso, y sobre todos, por ser ajustado á la verdad histórica.



DOÑA JOSEFA ORTIZ DE DOMINGUEZ.

Esta dama fué una de las más decididas partidarias de la Independencia, y la que materialmente empujó á los primeros caudillos á empezar la revolución, haciéndoles saber con toda oportunidad el riesgo inminente en que estaban, de ser reducidos á prisión, por haberse descubierto sus planes revolucionarios.

Nació en Morelia en 1768; huérfana en temprana edad, quedó al cuidado de una hermana mayor y se radicó en México, ingresando en 1789 al colegio de las Vizcaínas, de donde salió dos años después para unirse en matrimonio con Don Miguel Domínguez, letrado, que desempeñaba un empleo público. Nombrado aquél Corregidor de Querétaro algunos años después, lo acompañó á tomar posesión de su empleo y aun

lo ayudó á resolver muchos asuntos delicados, pues era señora de talento, muy despejada, de ánimo resuelto y varonil. Probablemente desde 1809, cuando la conspiración de Valladolid se ramificó, tomó Doña Josefa parte en ella, é indujo á su esposo á ser del número de los conjurados.

Alguno de su biógrafos dice que Allende fué el que la catequizó para que tomase parte en la conspiración á causa de que era el prometido de una de sus hijas, pero no parece esto muy verosímil, dada la diferencia de edad de una y otro: la señorita Domínguez apenas contaría diez y ocho años escasos, en tanto que Allende ya era viudo y tenía más de treinta y cinco años; sea como fuere, lo cierto es que la Corregidora fué uno de los más activos colaboradores que los conspiradores pudieron obtener. Por causa de las preocupaciones de la época no sabía escribir Doña Josefa, sino únicamente leer, pero para suplir esa deficiencia, cuando necesitaba enviar algunas noticias á sus correligionarios, recortaba las palabras necesarias de los papeles impresos que guardaba y las pegaba ordenadamente sobre papel de china; tenía una mujer correo que desempeñaba el oficio de cohetera y ésta secundada hábilmente las miras de Doña Josefa.

Cuando fué descubierta la conspiración á su marido, como hemos visto en la biogra-

fía de éste, no pudo eximirse de proceder en unión del escribano, de hacer las diligencias necesarias para cerciorarse de la verdad de la denuncia recibida, pero antes de ello, avisó á su mujer lo que pasaba, y temeroso de que cometiese una imprudencia, creyó prevenirla dejándola encerrada bajo llave. Esta precaución no fué obstáculo para que la Corregidora diese al Alcaide Ignacio Pérez instrucciones para ir á hablar á Arias, creyéndolo leal y no traidor, y cuando éste se negó, aquélla envió directamente la noticia del descubrimiento á Allende, que estaba en San Miguel. La diligencia de la señora Ortiz de Domínguez hizo que no solamente no se frustrase la conspiración de Dolores como se frustró la de Valladolid, sino aun que se adelantase la fecha de la insurrección, que estaba señalada para los primeros días de Octubre de 1810.

Mientras el Alcaide cumplía su comisión, la Corregidora era aprehendida, en unión de su marido, en la madrugada del 16 de Septiembre, á la misma hora que en Dolores se daba el grito de libertad. Doña Josefa estuvo presa en la casa del Alcalde Ochoa y después en el convento de Santa Clara, donde permaneció aún después de que el Corregidor quedó libre y repuesto en su empleo por el oidor Collado; hasta que éste á su vez no cayó en manos del insurgente

Villagrán y para recobrar su libertad se comprometió á darla á los presos, fué cuando dejó el convento doña Josefa. No por los trabajos sufridos desistió de sus ideas; por el contrario, continuó haciendo tan activa propaganda en favor de la independencia que gracias á ella se consideraba Querétaro como un foco de revolución, y el comandante del batallón urbano, Romero Martínez, en 1811 se quejó al virrey y acusó al Corregidor; los informes contradictorios que obtuvo la junta de seguridad impidieron que se le formase proceso y el virrey se limitó á pasar á Domínguez un oficio reservado en el que le recomendaba que aconsejase á su esposa para que variase de conducta, pues de lo contrario se la pondría en reclusión; Domínguez contestó, diciendo haber cumplido con lo que se le mandaba; pero es difícil que consiguiese convencer á su varonil esposa de lo imprudente de su proceder.

En 1813, al establecerse el régimen constitucional, fué comisionado al canónigo Beristain, que accidentalmente se encontraba en Querétaro, para que procurase que en las elecciones municipales no fuesen excluidos los europeos, como había sucedido en otras provincias. El canónigo, que de semanas atrás estudiaba la situación, comprendió que en esa ciudad había una influencia grande que contrarrestaba la pro-

paganda pro-española que pudiera hacerse hasta en el púlpito y que esa influencia era la de la Corregidora. En oficio dirigido al virrey con fecha 14 de Diciembre de 1813, decía Beristain de doña Josefa que era "un agente efectivo, descarado, audaz é incorregible que no perdía ocasión ni momento de inspirar odio al rey, á la España, á la causa y determinaciones justas y legítimas de este reino;" concluía, llamándola una verdadera Ana Bolena, que aun á él mismo había intentado seducir.

Como resultado de estas denuncias Don Miguel fué suspendido en su empleo de corregidor, y el Juez Lopetedi, su sucesor, recibió orden de instruir sumaria contra la Corregidora; al mismo tiempo, al Coronel Ordoñez que traía un convoy, se le previno que extrajese á dicha señora de su casa y la condujese bien escoltada á la capital, permitiéndole, como única compañía, una de sus hijas ó una criada; llegada á México fué reclusa en el convento de Santa Teresa, pero á poco tiempo, por estar grávida, se le permitió salir á una casa particular. La sumaria seguida por Lopetedi resultó muy voluminosa y bastante curiosa: en ella consta pormenorizada toda la historia del principio de la insurrección y los papeles que desempeñaron todos los conspiradores de Querétaro, las relaciones que

Doña Josefa sostenía con los primeros caudillos, con Rayón y con la Junta de Zitacuaro, y multitud de pormenores interesantes; pasada esa sumaria al auditor Foncenada éste dictaminó que debía sobreseerse en lo relativo al Corregidor, pero no así en lo referente á su esposa, la que, en su opinión, padecía de enagenación mental, según la extravagancia de sus procederese; no pedía, sin embargo, contra ella ni la pena de reclusión.

En este estado permaneció la causa desde 1813 hasta Noviembre de 1816, en que el nuevo auditor consiguió que la Corregidora fuese encerrada en el convento de Santa Catalina de Sena, por espacio de cuatro años. El advenimiento de Apodaca al Virreinato y las derrotas del general Mina influyeron bastante en el alivio de la suerte de aquella señora que, por instancias de su marido, obtuvo la libertad en Junio de 1817, aunque con la obligación de permanecer en la capital. La circunstancia de haberse circunscrito la revolución al Sur y de haber desaparecido los caudillos conocidos de doña Josefa, produjeron, más que las prisiones sufridas, el resultado de que casi no tomase parte en los sucesos ocurridos desde 1817 hasta 1822.

Proclamado el imperio de Iturbide la ex-Corregidora recibió el nombramiento de dama de honor de la Emperatriz doña Ana, el

que se negó á aceptar, "con frases sumamente enérgicas," dice uno de sus biógrafos. Cultivó relaciones de amistad con los miembros del partido yorkino ó exaltado en el que se filió su marido y tuvo alguna influencia sobre Victoria al que reprochó su debilidad en la revolución de la Acordada, como había reprochado á Hidalgo las matanzas de Granaditas. En 1824, que se reunió la junta de recompensas, declaró de un modo terminante que ella no solicitaba ningún premio por sus servicios. Ignórase á ciencia cierta la fecha de su muerte, pero generalmente se cree que ocurrió en el año de 1829. Su cadáver fué sepultado en la iglesia de Santa Catalina.

Si en ideas políticas fué exaltada, en ideas religiosas fué irreprochable y fué una madre de familia modelo; "no permitía que sus hijas concurrieran á los bailes y rara vez consentía que asistiesen al teatro;" supo educar en los sólidos principios de piedad y religión á su numerosa familia, y se preparó cristianamente para el terrible trance de la muerte.

En 10 de Diciembre de 1878 el Congreso de Querétaro declaró á doña Josefa Ortiz de Domínguez, benemérita del Estado y mandó inscribir con letras de oro su nombre en el salón de sesiones; en 1882 se previno que sus restos fuesen llevados á aquella ciudad; en 1894 se llevó á cabo la tras-

lación, habiéndose verificado, con tal motivo, una elocuente manifestación. Hoy descansan en un elegante mausoleo erigido en el Panteón de la Cruz. En 1900 fue inaugurada la estatua sedente de la Corregidora en el Jardín de la Plaza de Santo Domingo de esta capital, que desde entonces se llama "Jardín de la Corregidora."

Muy merecidos son estos homenajes rendidos á la memoria de doña Josefa, honrada de su sexo, que con su patriótica y abnegada conducta contribuyó á nuestra emancipación y supo dar ejemplo de esfuerzo á tantos varones como entonces se levantaron en armas. La memoria de la heroína perdurará en México y su conducta intachable en lo privado y resuelta en lo que atañía á la vida pública, servirá de modelo á nuestras compatriotas.



D. IGNACIO DE ALLENDE.

Aunque don Miguel Hidalgo es la figura que aparece como principal en la revolución de 1810, débese esto á diversas circunstancias y, más bien, á la tradición que á la verdad histórica, por más que ésta se empeña en dar á cada uno de ellos el lugar que le corresponde en esa revolución. En efecto, las investigaciones desapasionadamente hechas, demuestran que fué Allende el que, además de concebir la idea de la independencia desde que estuvo en el cantón militar de Jalapa, trató de llevarla á la práctica, primero uniéndose á los conspiradores de Valladolid y después trabajando por su propia cuenta, buscando nuevos partidarios y organizando juntas en San Miguel, Querétaro y Dolores, para lo que hacía frecuentes viajes á estos dos últimos puntos y á Guanajuato. Que Hidalgo por

su parte pensase en la Independencia y trabajase por ella, como también está demostrado, nada quita á la gloria de Allende; lo que sí le restó fama y le quitó el primer lugar fué la vacilación de que dió muestras en el momento supremo, cuando reunidos todos los caudillos comprometidos en la casa del párroco de Dolores y sabedores de que su trama estaba descubierta no sabían qué partido tomar; Hidalgo fué el único que en aquellas instantes demostró resolución y energía y determinó empezar el movimiento aun contra la opinión de sus compañeros. Aquella decisión acreditó que más que Allende, merecía él ser el jefe de la revolución.

Don Ignacio María de Allende nació en la Villa de San Miguel el Grande (Guajuato) el 20 de Enero de 1779; su padre, Don Domingo Narciso, fué un español que se enriqueció en el país, y su señora madre, doña Mariana Uraga, pertenecía á una de las principales familias del lugar. Aunque á la muerte de su padre, quedó la casa de comercio en estado de quiebra, la buena administración de otro español, don Domingo Berrio, hizo que ésta se liquidase de una manera favorable para todos; y tanto don Ignacio como sus hermanos, don Domingo y don José María, heredaron una fortuna si no cuantiosa, sí suficiente para vivir con desahogo. Don Ignacio se dedicó á la

carrera de las armas desde bastante joven y sirvió á las órdenes de Calleja en 1801, cuando este jefe expedicionó por la provincia de Texas para batir al aventurero anglo-americano, Felipe Nolland, que se había introducido en ella y trataba de fortificarse; en esa expedición y en la que posteriormente se emprendió á la misma provincia para contrarrestar los planes de Aaron Burr, ganó Allende sus primeros ascensos, y cuando en 1806 empezó á formarse el cantón de Jalapa para prevenir una invasión de ingleses ya ostentaba las charreteras de capitán. En ese cantón, en que se dió á conocer la fuerza de la colonia, empezó á hablarse de independencia, y es indudable que desde entonces germinó la idea en los cerebros de los oficiales que formaron el cantón.

Disuelto éste, regresó á San Miguel donde mandaba el regimiento de caballería de la Reina y donde empezó á conspirar; era viudo yá y de su matrimonio, que hizo acrecer su fortuna, tenía un hijo llamado Indalecio que ya en 1810 tocada los lindes de la juventud. Viudo, rico y militar era como natural que fuese inclinado á la disipación, como afirma Alamán, al que se ha criticado mucho por este dato, sin que por ello fuese un perdido. Era buen jinete y aficionado al deporte del campo. Acogió con entusiasmo los proyectos de los

conspiradores de Valladolid, y aunque éstos fueron descubiertos, él siguió trabajando por la causa. De acuerdo con Hidalgo, había fijado la fecha del levantamiento para el primero de Octubre de 1810, ya que no había sido posible aprovechar la oportunidad de estar Nueva España sin virrey; y como se acercaba esa fecha sólo se ocupaba de arreglar los pormenores de la revolución, al fin llegó á hacerse sospechoso al intendente de Guanajuato, que ordenó su prisión. Hidalgo, por su parte, que tuvo noticia de que la conspiración había sido descubierta, hizo llamar á Allende, que se encontraba en San Miguel, para que ambos determinasen cómo habían de proceder, dadas las circunstancias comprometedoras en que se encontraban.

La noche del 14 de Septiembre y todo el día del 15 lo pasaron los dos en Dolores sin resolverse á nada en espera de noticias; llegaron éstas en la noche de ese día, llevadas por Aldama (Don Juan) en las que se les hacía saber lo ocurrido en Querétaro; y enterado Hidalgo de ellas, tomó la resolución de lanzarse inmediatamente al campo. Allende no hizo ninguna objeción y fué á sublevar á los soldados del regimiento de la Reina que había en el pueblo y en seguida se dirigió á prender á Cortina y á Rincón, ricos españoles de Dolores, y en seguida, de acuerdo con Hidalgo, resolvió em-

prender la marcha para San Miguel, donde estaba el resto del regimiento del que era capitán.

Llegados á la población el mismo día 16, se consiguió el objeto sin que el Coronel Canal se opusiese al pronunciamiento de sus soldados; cuatro días después se presentaron los dos jefes, entre los cuales, hasta entonces, no hubo diferencia de rango, frente á Celaya, donde Allende se entregó á la ruda tarea no de organizar, pero sí de arreglar un poco aquél ejército, que ya llegaba á 40,000 hombres y que más que una tropa parecía una tribu errante emigrando. El 22 se reunieron los jefes independientes y el Ayuntamiento y procedieron al reparto de grados y empleos en el ejército; Hidalgo recibió el título de Capitán General de la América, y Allende el de Teniente General, lo que le daba el segundo puesto en el ejército. Reprobó enérgicamente los desmanes de la plebe, á los que Hidalgo no trataba de oponerse, aunque le causaban disgusto, y desde el primer día procuró que la desmoralización de las chusmas no cudiese á los soldados veteranos, que se iban adhiriendo á la causa; sin embargo, que no tenía gran confianza en ellos, lo demuestra la circunstancia de haber desistido de la primitiva idea de apoderarse de Querétaro, que ya estaba en estado de defensa y de encaminarse me-

por á Guanajuato, donde no había tropa suficiente para resistir á los insurgentes.

El asalto y toma de Granaditas demuestra que no había mucha unidad de mando entre éstos, pues aunque al parecer correspondía á Allende el mando, en realidad él é Hidalgo dieron disposiciones para el ataque, y á la hora de la toma del edificio ninguno de ellos se halló presente para evitar la matanza; sin embargo, siguiendo su costumbre, procuró hacer cesar el pillaje. En la marcha á Valladolid no consta que Allende tuviese gran intervención y caminó con el grueso del ejército; en esa ciudad él fué el único que asistió á la misa solemne de acción de gracias que se dijo en la Catedral, pues Hidalgo estaba profundamente disgustado con el Cabildo por haber encontrado cerradas las puertas de la Catedral el día de su entrada. También allí el Teniente General procuró evitar el saqueo haciendo disparar cañonazos sobre la plebe, y fué entonces cuando ocurrió el episodio del aguardiente, del que Allende bebió un vaso delante de la multitud, para demostrar que no estaba envenenado, como se decía.

En camino para México, el ejército se detuvo en Acámbaro, donde Hidalgo fué proclamado Generalísimo y Allende Capitán General, por los ochenta mil hombres que ya seguían las banderas insurgentes. Con sus medidas acertadas, el nuevo Capitán Ge-

neral hizo retroceder á Trujillo á las Cruces antes de que fuesen cortados los puentes sobre el río y ciénega de Lerma, y en la batalla, que personalmente dirigió, consiguió derrotar al jefe español.

Después de esta acción entraron en desacuerdo los jefes principales del ejército revolucionario, con motivo de la conducta que debían seguir: Hidalgo trataba de retirarse, seguramente porque creía bien defendida la capital y muy próximo el ejército de Calleja; Allende, por su parte, creía que la causa que defendía ganaría todo con ocupar á México, y probablemente era el que tenía toda la razón en la controversia, pues es incalculable el prestigio que á la revolución hubiera dado la ocupación de la capital del Virreynato, la fuga ó prisión del Virrey y la desorganización de todo el sistema de Gobierno colonial. Prevaleció la opinión de Hidalgo y el ejército triunfante se retiró, dando esto por resultado que de cien mil hombres que tenía en las Cruces, no le quedase ni la mitad á los seis días y al séptimo se dispersaron los restantes al encontrarse con las fuerzas de Calleja en Aculco. Desde entonces, la desgracia persiguió á los independentes.

Allende se separó de Hidalgo en las intermediaciones de Aculco y seguido de pocos soldados, aunque eran los mejores del ejército, pues pertenecían á los Cuerpos pro-

nunciados, se dirigió á Guanajuato, y allí dió muestras de una actividad extraordinaria para poner la ciudad en estado de defensa, porque calculaba, con fundamento, que no tardaría Calleja en irlo á atacar. Esa resolución de Allende no demuestra gran talento militar y sí su mucho arrojo, pues Guanajuato no es una plaza muy defendible, aunque esté en poder de un jefe experimentado. Allende, al que acompañaban muchos de los oficiales del ejército sublevado, dió muestras de gran actividad: fundió cañones, tarea en la que lo secundó admirablemente Dávalos, que le entregó veintidós, los que fueron colocados enfilando la cañada de Marfil; barrenó peñascos para lanzarlos sobre los realistas en la hora oportuna, fabricó armas y pólvora y excitó el entusiasmo de la población; sin embargo, de todo esto, quiso aumentar los recursos de defensa y para esto solicitó la ayuda de Hidalgo, que estaba en Valladolid, la de Torres, que era dueño de Guadalajara, y la de Iriarte y de otros insurgentes que había por San Luis Potosí; sólo este último atendió la invitación y salió con dirección á Guanajuato, á donde no llegó por haberse adelantado el ejército realista.

Calleja, que lo mandaba, flanqueó las fuertes posiciones de Marfil en la tarde del 24 de Noviembre, supo evitar los barrenos, que hubieran acabado con su ejército,

y sin esperar al día siguiente emprendió el ataque de la ciudad, ocupando sucesivamente los puntos fortificados y trincheras, y apoderándose de los cañones que había en ellos. Luego que Jiménez, que fué el que tuvo el mando directo de la acción, avisó á Allende que estaba perdida, éste salió de la ciudad con los Generales y las cargas por el camino de Santa Rosa, sin ser perseguido. Calleja, entre tanto, pasó la noche en Valenciana, desatendiendo las advertencias de Linares, de que urgía entrar á la ciudad para evitar la matanza de españoles, que al fin hubo, promovida por la plebe; para vengar esa hecatombe de la que él fué el responsable, mandó tocar á degüello al día siguiente, que entró á Guanajuato, y en los subsecuentes siguió haciendo numerosas ejecuciones.

Allende se dirigió á Guadalajara, donde se unió con Hidalgo, y ninguna participación directa tomó en el arreglo del Gobierno insurgente que éste hizo; se ocupó de los asuntos militares, reuniendo nueva artillería, organizando el ejército, que había vuelto á ser numeroso, y tomando otras medidas. La frialdad de sus relaciones con el Generalísimo era grande, y muestra de ello es la especie propalada de que Allende pensaba formalmente en envenenar á Hidalgo; lo que sí es indudable es que las diferencias entrambos aumentaron con las

matanzas de españoles, á las que se opuso siempre el primero, y con el plan de campaña para batir á Calleja; Hidalgo opinaba por una batalla campal, y Allende por la retirada; los hechos vinieron á dar la razón á éste, aunque sin desmentir que el de aquél era más militar.

Calleja, cuyas operaciones eran muy lentas, avanzaba sobre Guadalajara, esperando á Cruz, que tuvo que forzar el paso de Zamora y que no obstante, no llegó oportunamente á Calderón; sin embargo, al saber que los insurgentes trataban de hacerse fuertes en el puente de este nombre, que es paso indispensable para la ciudad, apresuró su marcha, pero se encontró con que aquéllos ya habían tomado posiciones, y por cierto las habían sabido escoger; limitóse, pues, á ocupar el puente, y á acampar, en espera de dar la batalla el 17 de Enero de 1811. No obstante lo que dice Alaman, en ella sí hubo dirección, y Allende, que la mandó, fué hábilmente secundado por Aldama y Abasolo; tres veces fué rechazada la izquierda realista á las órdenes de Flon, y en dos ocasiones volvieron la espalda las tropas de Calleja, habiendo un momento en que toda su línea osciló y estuvo á punto de ser derrotada en conjunto, pero la pericia del General español, unida al incendio del parque en el campo insurgente, le dieron la victoria, y aquellos cien

mil hombres que creyeron ser vencedores, huyeron precipitadamente por todas partes. Allende fué de los últimos en abandonar el campo, y cuando perdió toda esperanza, tomó el rumbo de Zacatecas, para donde ya le había precedido Hidalgo.

No lo alcanzó en Aguascalientes, donde con los soldados de Iriarte se había empezado á formar un nuevo ejército; siguió violentamente su camino y en la Hacienda del Pabellón logró Allende unirse con el Generalísimo; las discordias que desde Guadalajara habían empezado, estallaron de nuevo, y dieron por resultado que Hidalgo se viese obligado á dimitir verbalmente el mando y que Allende fuera reconocido Generalísimo. Su primera disposición fué ordenar que continuase la retirada, no sólo á Zacatecas, sino hasta Saltillo, único punto en el que se consideraba seguro por entonces. En Matehuala se adelantó para imponer respeto á los realistas, que amenazaban la capital de Coahuila, y consiguió su objeto.

El 16 de Marzo celebraron los Generales Junta general, y en ella quedó resuelto dirigirse á los Estados Unidos en solicitud de recursos; el Lic. Aldama debía precederlos con el carácter de Embajador, y el ejército debería quedar en pie para continuar la campaña; como ni Abasolo ni Arias quisieron el mando, lo recibió el abogado Don

Ignacio López Rayón. Los Generales, tomados estos acuerdos, siguieron su camino sin detenerse, acompañados de una escolta de mil quinientos hombres, y el 21 de Marzo fueron hechos prisioneros por el traidor Elizondo en Acatita de Bajan; el exceso de confianza hizo que esa escolta marchase á retaguardia y desprevenida en lugar de ir con los carruajes y atenta á cualquiera emergencia.

Allende fué el único que trató de defenderse haciendo fuego sobre sus aprehensores, pero quedó desarmado y maltrecho y tuvo el dolor de ver morir á su hijo Don Indalecio en la refriega; también murió á consecuencias de ella Arias, el denunciante de Querétaro, que se había incorporado á los insurgentes después de la comedia de su prisión. Conducidos los prisioneros á Monclova y á Chihuahua, ahí se les formó proceso desde el 6 de Mayo.

La conducta de Allende durante el proceso fué digna y á nadie comprometió en sus declaraciones; comprendía que su vida estaba perdida y no quiso hacerse responsable de la de otros, así es que la instrucción de su proceso ningún trabajo costó. Sentenciado á muerte, fué pasado por las armas el día 26 de Mayo de 1811, en unión de Jiménez, de Don Juan Aldama y de Don Manuel Santamaría. Las cabezas de los tres primeros se reservaron hasta que cayese.

más de dos meses después, la de Hidalgo para que las cuatro fuesen colgadas en los ángulos de la alhóndiga de Granaditas; allí permanecieron hasta Marzo de 1821, que las hizo quitar Bustamante. Reunidas á sus cuerpos, fueron depositadas en 1822 en la cripta de la Catedral de México, donde permanecieron hasta 1893, en que fueron trasladados al altar de San José de la misma Catedral, mientras descansan definitivamente en el mausoleo que se mandó erigir y que era un deber haber inaugurado siquiera para el Centenario del grito de Dolores.

En la causa instruida á Hidalgo éste hizo plena justicia á Allende atribuyéndole gran afán por lanzarse á proclamar la Independencia de México, y reconoce que fué el cerebro de los conspiradores y el brazo de la revolución. Si en Acapulco, Guanajuato y Calderón la victoria no ornó sus sienes, débese á los malos elementos de que disponía y á la rivalidad de los caudillos, mas no á deficiencia de Allende, que dió muestras de ser soldado, hombre enemigo de los excesos y afecto al orden y la disciplina. Muchas ciudades y Distritos llevan su nombre, y su pueblo natal llámase hoy San Miguel de Allende, pero hasta ahora no se le ha erigido la estatua que merecía, ni allí ni en otra parte.